

mos no se movieron jamas, al que él tiene para decir que ellos fueron agitados por un movimiento eterno, visto que los cuerpos son igualmente indiferentes al movimiento y al reposo?

4.^o Sostengo que me asiste muchas razones que á él. ¿Qué es el movimiento? Es la existencia sucesiva de un cuerpo en muchos parages, ó en muchos puntos contiguos del espacio. El cuerpo K sale de su lugar, y recorre los puntos del espacio A, B, C, D, &c. que tambien estan contiguos. Supongo que el cuerpo K ha pasado desde el lugar donde estaba al punto A; y pregunto, por qué razon este mismo cuerpo debe tambien pasarse á los puntos B, C, D: él no puede determinarse á esto por su naturaleza; porque la naturaleza del cuerpo no exige que este se halle mas bien en un espacio que en otro: él no puede determinarse á esto por sí mismo; porque si fuera asi, tambien podria por sí mismo salir del estado de reposo para ponerse en movimiento, lo que es

imposible. Es preciso, pues, que un movimiento extraño sea su agente; y asi, cuando se supusiera por imposible, que hubo un instante en el cual estuvieron en movimiento los átomos, se demostraria que era imposible que este movimiento hubiese durado; y en efecto, todos los filósofos convienen hoy en que los cuerpos no se mueven sino por la voluntad de Dios, que es la sola causa directa, física é inmediata de todos los movimientos que se hacen en el mundo.

5.^o Concedamos sin embargo á Epicuro, que los átomos que él ha inventado se han movido desde toda eternidad. ¿Estos átomos se han movido en línea recta ácia el mismo punto del vacío? Pues ellos debieron seguirse eternamente los unos á los otros, sin poder alcanzarse jamas. ¿Estos átomos se han movido en línea recta, pero ácia puntos directamente opuestos, como si dijéramos, los unos ácia el oriente, y los otros ácia el occidente? La mitad, pues, de estos áto-

mos ha debido detener la otra. Véanse, pues, todos parados, y no forman en breve sino una masa sólida é impenetrable. No lo quiero yo así, responde Epicuro: yo digo que los átomos se movieron durante toda eternidad en todos los sentidos, y de todos los modos posibles: los unos en línea recta, los otros circularmente, los otros en espiral, &c. &c. Yo os entiendo, gran filósofo: vos dais á vuestros átomos todos los movimientos que creéis necesitar; pero porque tengais necesidad de todos estos movimientos, ¿se deduce que hayan sido egecutados? Decidme, pues, ¿por qué un átomo ha debido moverse en línea recta, cuando el otro se movía en línea circular; y por qué cuando este se movía en línea circular, un tercero ha debido moverse en espiral, &c. &c.? Voy á manifestaros, que ellos han debido moverse todos en línea recta; porque está demostrado que el primer movimiento de un cuerpo se hace siempre en línea recta, y por esto mismo tambien está demostrado, que un

cuerpo no se mueve jamas en línea curva, sino porque su direccion natural se halla interrumpida á cada momento. Ahora, un cuerpo no puede por sí mismo interrumpir su direccion natural. Vuestros átomos no han podido, por consecuencia, moverse jamas por sí mismos con un movimiento circular; y si en la ocasion de entrechocarse algunos de estos átomos se han movido en línea circular, esto no ha debido suceder sino muy rara vez, y estos mismos átomos han debido volver á tomar bien presto el movimiento en línea recta, la cual les era natural, y á la cual se dirigian incesantemente.

6.º A pesar de quanto acabo de decir, quiero pasar á Epicuro, que sus átomos infinitos en número, se han movido eternamente en los espacios del vacío infinito, y que se han movido en todos los sentidos, y de todós los modos posibles, buscándose así los unos á los otros, sin saber por qué, y no hallándose sino por casualidad.

¿Ha podido producir alguno de es-

tos reencuentros, no digo la vasta máquina del mundo, pero una máquina cualquiera? No, sin duda.

¿Qué es una máquina? Es una union de varias piezas, que se mueven de concierto para producir un cierto efecto, como señalar las horas, inflamar la pólvora encerrada en el cañon del fusil, &c. Siendo esto así, decidme, ó Epicuro, ¿por qué, despues de tantos millares de años que el mundo se formó, no ha producido la casualidad nada regular, ni seguido? ¿Por qué no ha salido del taller de está grande artista máquina alguna, ni aun la mas simple? ¿Por qué no ha salido tampoco el mas mínimo instrumento acabado en su especie, como un cuchillo, unas tenazas, una paleta, y ni aun una simple palanca? Y vos queréis que una casualidad haya formado la vasta máquina del mundo, y con él ese número infinito de máquinas particulares de que se compone, y de las cuales cada una encierra una infinidad de piezas y de resortes, como todos los hombres, todos los demas

animales, todos los arboles, y todas las plantas.

Despues del nacimiento del mundo hay leyes ciertas de los movimientos que los hombres conócen, á lo menos en parte, y despues del nacimiento del mundo, tambien el entendimiento humano estudia estas leyes, las acerca, las compara, se ocupa en combinar y calcular los efectos de estas leyes; y sin embargo, los hombres no han inventado todavia sino un pequeño número de máquinas, y las máquinas que los hombres han inventado, son todas muy imperfectas. No hay una sola que pueda entrar en comparacion con un vaso de tierra; y vos quereis, que cuando aun no habia leyes de los movimientos, la casualidad, que no habria conocido estas leyes, si las hubiera habido, haya formado de un golpe, y en un solo instante, la máquina del mundo, y todas las máquinas particulares que el mundo encierra.

7º Supongamos, no obstante, que el reencuentro fortuito de los átomos ha formado el mundo en la disposi-

cion que le vemos. La máquina está ya hecha, pero aun no basta; es menester todavía hacerla jugar, y hacer durar este juego durante la eternidad. Ahora voy á demostrar: 1.^o, que esta máquina, una vez formada por un solo golpe de la casualidad, no puede ponerse en movimiento sino por un segundo golpe de la casualidad tan admirable como el primero: 2.^o, que el juego de esta misma máquina no podrá sostenerse un solo instante, sin un tercer golpe de la casualidad semejante á los otros dos, y así seguidamente hasta lo infinito.

Ninguna máquina, y sobre todo la inmensa máquina del mundo, no puede ponerse en juego, ni conservarlo un solo instante, sino en virtud de las leyes de los movimientos: este principio es evidente, y está recibido en todo el mundo.

No hay ley alguna de los movimientos, sea entre las que conocemos, ó las que nos son desconocidas, que resulte inmediatamente, ó de la naturaleza, ó de la conformidad, ó de

la magnitud, ó de alguna cualidad de los cuerpos; ó en fin, de las relaciones que los cuerpos tienen entre sí. En el mundo de los cuerpos no hay naturalmente, ni independientemente de toda institucion, ni gravedad, ni gravitacion, ni centro de graves, ni alto, ni bajo, ni encima, ni debajo, ni cuerpos pesantes, ni cuerpos ligeros, &c. &c.; y por consecuencia todas las leyes de los movimientos son necesariamente leyes de institucion, leyes arbitrarias, y leyes establecidas libremente por un Ser Eterno y Todo-Poderoso, que dispone de los cuerpos, y los gobierna como quiere: no habria ley alguna de los movimientos, si este Ser admirable no los hubiera establecido.

Ahora, nosotros razonamos aquí sobre una hipótesis, segun la cual no hay ley de movimientos, puesto que razonamos sobre una hipótesis, segun la qual Dios no ha tenido parte alguna en la formacion, ni en la conservacion del mundo.

Ahora, en esta hipótesis, es mas

claro que el día, que la máquina del mundo, formada una vez por un primer golpe de la casualidad, no ha podido jamas ponerse en juego, sino por otro segundo golpe tan admirable como el primero: que no ha podido jugar dos instantes seguidos, sino con el socorro de un tercer golpe de la misma casualidad, y de la misma fuerza que los precedentes: que, despues del nacimiento del mundo, el mismo golpe ha sido repetido á lo menos sesenta veces cada minuto; y que si el mundo dura eternamente, este mismo golpe se repetirá infinitamente; y como, despues de todo, no puede contarse con la casualidad, es claro que el mundo puede, y debe tambien arruinarse á cada instante: que es el mayor prodigio que no se arruine en efecto; y que puede ser que antes de acabar lo que estoy escribiendo; los cielos caygan sobre mi cabeza, ó que yo mismo cayga con la tierra que me sostiene en la inmensa cavidad de los cielos. Digámoslo en pocas palabras.

Los átomos de Epicuro son otras tantas quimeras; jamas ha existido ni uno solo de estos átomos.

Si (aunque imposible) los átomos han existido, han debido ser eternamente inmóviles.

Si (aunque imposible) los átomos se han movido, han debido hacerlo en línea recta; y si algunos han podido cambiar de dirección, no ha podido ser esto, sino por poco tiempo.

Si (aunque imposible) estos átomos se han movido en todos los sentidos posibles, jamas su reencuentro ha podido formar el mundo, ni máquina alguna.

Si (aunque imposible) el reencuentro casual de los átomos ha formado la máquina del mundo, esta máquina no ha podido jamas ponerse en juego, sino por un segundo golpe de la casualidad, tan admirable como el que lo ha formado.

Si (aunque imposible) el segundo golpe sucedió, ha sido necesario un tercero de la misma fuerza para hacer durar el juego de la máquina

del mundo, durante dos instantes, y asi progresivamente; y por consecuencia, véase un golpe de la casualidad, que se repite á cada segundo, despues del origen de este admirable mundo, que solo es obra de la infinita sabiduria de Dios.



CATECISMO

DE LA PRIMERA CONFERENCIA.

Sobre la existencia de Dios.

P. ¿Cual es la primera verdad que es necesario sepa el hombre?

R. La primera verdad que es necesario sepa el hombre, es que hay un Dios; esto es, un Ser eterno é infinitamente perfecto; que ha criado el mundo, que lo gobierna, y que es el dueño absoluto de todos los seres.

P. ¿Estais bien cierto en que hay un Dios?

R. ¿Cómo podría dudarlo? Todo

lo que hay fuera de mí, y todo lo que en mí hay, me lo prueba evidentemente.

P. Cual es la primer prueba que tenéis de la existencia de Dios?

R. La primera prueba que tengo de la existencia de Dios, es la grandeza y la hermosura del mundo, y el buen orden que reyna en él; porque no pudiendo el mundo existir de toda eternidad, y no pudiendo por otra parte haberse formado por casualidad; es evidente que es la obra de un Ser infinitamente poderoso en inteligencia y en sabiduria, y por consecuencia la obra de Dios.

P. ¿Cual es la segunda prueba que tenéis de la existencia de Dios?

R. La segunda prueba que tengo de la existencia de Dios, es lo nuevo del mundo, que está atestigüado por todas las historias, y hasta por las mismas fábulas; por los nuevos descubrimientos que han hecho los hombres en todas las ciencias, y por las artes que han inventado recientemente.

P. ¿Cual es la tercera prueba que teneis de la existencia de Dios?

R. La tercera prueba que tengo de la existencia de Dios, es el consentimiento de todas las naciones, sean civilizadas, sean bárbaras, que en todos los tiempos, y en todos los países del mundo, han creído que habia una Divinidad, y la han rendido homenajes soberanos; porque para que todas las naciones se hayan convenido en ello, es preciso y necesario que se hayan determinado á hacerlo así, ó por un instinto secreto, impreso en sus almas por el Ser supremo mismo, ó por la vista del mundo, que publica tan alta y elocuentemente su existencia y sus perfecciones.

P. Habeis dicho que todo lo que hay en vos os prueba que hay un Dios; ¿cual es, pues, la primera prueba de la existencia de Dios, que vos encontráis en vos mismo?

R. La primera prueba de la existencia de Dios, que yo encuentro en mí mismo, es la admirable estructu-

ra del cuerpo humano, que no puede ser sino la obra maestra de un artífice infinitamente hábil.

P. ¿Cual es la segunda prueba que vos teneis en vos mismo de la existencia de Dios?

R. La segunda prueba de la existencia de Dios que encuentro en mí mismo, es las diferentes modificaciones de mi alma, el pensamiento, las sensaciones y los sentimientos; porque éstas modificaciones no vienen de mí, aunque estan en mí; y así concluyo con que vienen de Dios.

P. ¿Cual es la tercera prueba de la existencia de Dios, que vos sacais de vos mismo?

R. La tercera prueba de la existencia de Dios, que yo saco de mí mismo, es la union admirable de mi cuerpo y de mi alma, y el concierto incomprendible que reyna entre estas dos partes de mí mismo, aunque son tan diferentes la una de la otra en su naturaleza y en sus propiedades; porque solo un Ser Todo-Poderoso ha podido ligarlas tan estrecha-

mente la una á la otra, que no forman sino un todo solo.

P. ¿Cual es la cuarta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La cuarta prueba de la existencia de Dios, que saco de mi mismo, es las relaciones maravillosas, que se hallan entre el hombre y el mundo; relaciones tan necesarias, que es evidente que el mundo es hecho para el hombre, y el hombre para el mundo; porque para establecer estas relaciones, han sido necesarias combinaciones infinitas, de las cuales es capaz solamente un Espíritu infinito.

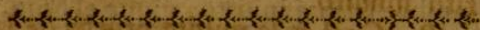
P. ¿Cual es la quinta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La quinta prueba de la existencia de Dios, que saco de mi mismo, es el orden que reyna en el mundo moral, del cual yo soy una parte, y en la sociedad de los hombres, no obstante la diferencia, la oposicion misma y el combate con-

tínuo de sus inclinaciones; porque para hacer resultar la union de los hombres de todo lo que parece separarlos, ¿no es precisa una profundidad de conocimientos, y una sabiduria que no puede convenir á otro que á Dios?

P. ¿No hay otras pruebas de la existencia de Dios?

R. Hay una infinidad de ellas, que las buenas lecturas, la conversacion de las personas piadosas é instruidas, la contemplacion de las obras de Dios; y sobre todo, la invocacion continúa de su ayuda, me harán conocer y sentir.



SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

Probando la existencia de Dios, mi querido Teotimo, hemos echado el
Tom. I. E